

BURGOS, Juan Manuel. *La experiencia integral* (Palabra 2015) 364 pp, ISBN: 978-84-9061-309-2.

Alfredo Esteve Martín
Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir

Un personalismo contemporáneo

la experiencia integral es un libro interesante por muchos motivos, de entre los cuales a nivel personal destacaría dos: por un lado, el esfuerzo del autor por aproximar la reflexión filosófica católica a las exigencias propias de un pensar contemporáneo; y por el otro, por hacerlo de la mano de un autor que si bien es más que conocido desde su aspecto católico —san Juan Pablo II—, seguramente lo es menos en tanto que filósofo —Karol Wojtyła—. Y qué duda cabe de que el pensamiento filosófico de Wojtyła sirve más que adecuadamente a los propósitos del autor.

Tal y como se dice ya al inicio de la Introducción, la filosofía actual tiene que responder a las grandes cuestiones sobre el hombre, el mundo, y la comprensión de éste por parte de aquél, eliminando desde el principio ‘cualquier visión simplista o ingenua’, afrontando de cara la problematicidad intrínseca a lo que Gadamer denominó círculo hermenéutico: «No se trata solo de que el mundo (y el hombre) sean complejos, sino que la comprensión que el hombre tiene de sí mismo y de lo que le rodea determina a su vez la propia comprensión generando un círculo hermenéutico que no conduce al relativismo, pues el conocimiento —la experiencia— tiene una dimensión objetiva; pero sí excluye, desde el inicio, cualquier visión simplista o ingenua». Para no pocos autores hablar de círculo hermenéutico o bien no tiene demasiado sentido y es malgastar esfuerzos y palabras, o bien conduce inevitablemente al relativismo o al escepticismo. Cuando, paradójicamente, no era ésta la postura gadameriana —como muy bien ha visto Burgos—. Efectivamente, el trasunto de la hermenéutica no consiste en la toma de consciencia de la diferente contextualización del sujeto a la hora de considerar distintas cuestiones de distintas tradiciones, y de la

dificultad intrínseca de alcanzar ‘la’ comprensión correcta; o cuanto menos no es únicamente eso, sino que hacia donde apunta Gadamer —a mi modo de ver— es hacia el cambio de actitud que se ha de adoptar para situarse en un cuadro de coordenadas diverso —precisamente el debido a la hermenéuticidad— y poder así dar respuestas a las exigencias e interlocutores del mundo contemporáneo. La filosofía «debe ser críticamente consciente de los presupuestos de su propio modo de comprensión»; de otro modo, se traicionaría y desacreditaría a sí misma.

Pues bien, esto es lo que intenta hacer el autor en referencia al personalismo, ámbito en el que su prestigio es de sobra conocido, planteándose si es posible desde él dar respuesta a las cuestiones ya comentadas: el mundo, el hombre, y la comprensión que pueda tener de aquél. Y desde una más que encomiable honestidad intelectual, se cuestiona la legitimidad de dicho proceder: ¿es posible acometer la tarea filosófica desde una metodología personalista? Y si lo es, ¿en qué consiste su especificidad propia?

El origen del método de la experiencia integral

El punto de partida es la existencia ya de un gran número de autores que pueden ser calificados como personalistas, aunque no respondan todos a un patrón único, sino más bien a unos elementos comunes compartidos en el seno de las particularidades propias de cada uno. Esto, por un lado. Pero en otro aspecto, hay un elemento muy relevante, como es el reconocimiento de que el conocimiento, la reflexión filosófica, no es únicamente ‘algo’ que realice un determinado ser humano; o no es eso únicamente, porque «la acción de conocer procede de la persona, implica a toda la persona y remite a ella como fuente y como resultado del proceso cognoscitivo». Es decir, la persona en cuestión no es separable de su acción de conocer, sino que la acción de conocer es una acción que compete a toda la persona y no solamente a su dimensión cognitiva. Es por ello que «los elementos que configuran esa comprensión no son separables pues se dan en una unidad viva y existencial»; que esto sea así no implica, por otro lado, que no puedan ser distinguidos en orden a su conceptualización y análisis.

Este enfoque puede verse ya en autores como Guardini o Zubiri, aunque nuestro autor se centra en la propuesta de Wojtyła, concretada principalmente en su Persona y acción, pues entiende que allí se encuentran herramientas que le van a ayudar en su metodología personalista para hacer filosofía en el siglo XXI. ¿Y qué tiene de particular el enfoque wojtyliano? Pues que es capaz de recoger críticamente los mejores aportes filosóficos de tradiciones antiguas y medievales (léase tomismo), e inte-

grarlos en el seno de las corrientes filosóficas contemporáneas (léase fenomenología), todo ello articulado alrededor de un novedoso concepto de experiencia en el que se atiende a lo objetivo de la misma (momento clásico) sin olvidar su dimensión subjetiva (momento moderno) como modo de acceso a la realidad. La mala noticia es que Wojtyła no desarrolla rigurosamente este concepto, con lo que deja muchos flecos sin resolver y muchas puertas abiertas, testigo que Burgos recoge sin titubeos, aunque con el respeto y la prudencia que tamaña empresa requiere. Éste es el origen de la metodología de la experiencia integral, que da pie al título del libro. Aunque apoyada en la tradición personalista y en la filosofía wojtyliana, tal y como Burgos nos dice es una propuesta propia, incluyendo elementos que no se encuentran específicamente presentes en aquéllas, aviso que es de agradecer para no confundir al lector.

Desde este punto de partida, el autor estructura el libro exponiendo en primer lugar el pensamiento wojtyliano, tomando como referencia la mencionada obra *Persona y acción*, para pasar a analizarlo críticamente—tanto en sus elementos de conexión como en su específica originalidad—en primer lugar frente a la fenomenología (tanto la de Husserl como la de corte realista de Seifert), y en segundo frente a la gnoseología tomista. Finalmente, el autor pasa a esbozar su propuesta.

El pensamiento nuevo de wojtyła

como es sabido, Wojtyła fue inicialmente formado en el seno del tomismo clásico, como era común en los seminarios católicos de la época. Una vez regresó a Polonia tras su estancia doctoral en Roma, y con la idea de habilitarse como profesor, conoció el pensamiento de un reconocido fenomenólogo de corte realista, Max Scheler. Gracias a ello, conoció un modo diferente de hacer filosofía, y pudo identificar algunas carencias del pensamiento clásico. «Wojtyła descubrió un modo de filosofar que le permitía acceder al mundo subjetivo y experiencial, algo que le estaba vedado desde el tomismo». Así, lo que hizo fue intentar aunar el método fenomenológico y el pensamiento tomista, y pronto observó que esta tarea era más complicada de lo que en primera instancia pudiera parecer, ya que respondían a dos actitudes filosóficas radicalmente distintas, aun a pesar de contar con elementos de conexión. No se trataba exactamente de ‘corregir’ fenomenológicamente la gnoseología tomista, ya que la fenomenología también tenía sus carencias. De lo que se trataba, pues, era de crear un pensamiento nuevo en el que integrar constructivamente lo mejor de ambas. Si el pensamiento clásico inclinaba la balanza hacia la realidad, la fenomenología contemporánea (y aun a pesar de sus grandes representantes) la inclinaba

hacia el individuo. ¿Cómo hacer para que ambos polos se encontraran? Mediante el concepto antropológico de experiencia.

Es ésta una tarea a la que desde una perspectiva realista se ha sido reacio emprender, quizá por la relevancia del idealismo y por la suave pendiente de éste hacia el relativismo. Era necesario cierto distanciamiento para poder apreciar las bondades de la crítica idealista al realismo clásico. Muy agudamente, Wojtyła se apercebó de que el pensamiento clásico de corte aristotélico-tomista, si bien se posicionaba en beneficio del ser, dicho posicionamiento le dificultaba el acceso a las dimensiones subjetivas de la persona. Esta idea es de por sí delicada y compleja, susceptible de una primera y rápida objeción: ¿cómo se puede decir que santo Tomás, por ejemplo, no considerara adecuadamente lo relacionado con la persona? La crítica wojtyliana fue en la línea de que efectivamente esto era así, es decir, que santo Tomás no descuidó a la persona humana, pero el caso es que la atendía desde unas categorías realistas, y no desde su intimidad. Y la cuestión es si desde unas categorías realistas se puede atender debidamente a la intimidad humana. Esto es importante, porque no se trata tanto de atender al ser humano como un objeto más (independientemente de la relevancia que posee el ser humano en la naturaleza, evidentemente) sino de considerar esa dimensión de subjetividad que —como dice Wojtyła— determina «lo que constituye la originalidad plena del hombre en el mundo». Articulada a partir de los conceptos ‘experiencia del yo’ y ‘experiencia del hombre’ (y del mundo), Wojtyła quiere destacar en primer lugar la subjetividad humana (frente al realismo clásico), y en segundo el hecho de que esa subjetividad no es únicamente conciencia sino un yo también corporal capaz de experimentarse (inteligente y sensiblemente) a sí mismo (frente al idealismo moderno).

Esta irreductibilidad humana, difícilmente podría ser analizada desde una filosofía de corte clásico, independientemente de la evolución que tuvo el concepto de persona desde Aristóteles hasta Tomás de Aquino, con permiso de Boecio, ya que respondía a un enfoque objetivista del mismo. Ésta fue de hecho la gran aportación de la modernidad. Como suele ocurrir en el devenir de la historia, en la que el péndulo va y viene, la modernidad se centró en demasía en este polo de la subjetividad, descuidando el de la objetividad. Y aquí cabe situar el aporte de Karol Wojtyła: en hacer dialogar críticamente a la gnoseología tomista y a la fenomenología contemporánea, para ofrecer un enfoque a la altura de las circunstancias, que permita atender a la realidad sin caer en un idealismo ingenuo, y que a la vez permita atender a la subjetividad sin caer en un realismo del mismo cariz.

Una metafísica experiencial

Como muy bien ha visto el autor, asumir la aportación contemporánea al pensamiento clásico es una tarea ingente, «de una complejidad tremenda porque ponía en juego todos los conceptos centrales de la antropología y de la metafísica clásica, que debían amoldarse a este nuevo contenido». No necesariamente había que renunciar a la tarea de pensar la metafísica —todo lo contrario—; sí que era preceptivo, en cambio, re pensarla según el nuevo cuadro de coordenadas planteado por la crítica moderna y el pensamiento contemporáneo. Lejos de enfrentar posturas, lo que había que hacer es ponerlas en diálogo fructífero y constructivo, actitud de la que el mismo Wojtyła se hizo eco articulándola como decimos alrededor del concepto de experiencia:

«Quien escribe esto está convencido de que la línea de demarcación entre la aproximación subjetiva (de modo idealista) y la objetiva (realista), en antropología y en ética debe ir desapareciendo y de hecho se está anulando a consecuencia del concepto de experiencia del hombre que necesariamente nos hace salir de la conciencia pura como sujeto pensado ‘a priori’ y nos introduce en la existencia concretísima del hombre, es decir, en la realidad del sujeto consciente».

La experiencia es efectivamente la acción humana en que confluyen a una la subjetividad del sujeto que experimenta y la objetividad del objeto representado, para lo cual es preciso que no sea considerada objetivamente, sino desde su momento subjetivo. Precisamente, en su artículo “La subjetividad y lo irreductible en el hombre”, publicado en *El hombre y su destino*, Wojtyła expone la experiencia como «el factor decisivo para la integración de la subjetividad en la antropología y, por eso mismo, como elemento discriminatorio de su posición con respecto a la tomista o aristotélica».

Pues bien, grosso modo éste es el itinerario que Juan Manuel Burgos desarrolla a lo largo del libro. El autor explica con generosidad y con un lenguaje asequible para cualquier interesado —salvo algunos momentos en que a causa del rigor exigido en el discurso su lectura se hace un poco más compleja— cómo conceptúa Wojtyła su concepto de experiencia (en su doble momento: el estrictamente experiencial y el comprensivo), una experiencia que es unitariamente (no yuxtapuestamente) sensible e intelectual, así como su confrontación con la fenomenología y la gnoseología tomista. A partir de ahí, intentará completar lo que a su juicio es una carencia propia de la tradición personalista, a saber: que los filósofos personalistas «no han explicitado ni formalizado metodológicamente su propia reflexión». Esto es lo que intenta hacer Burgos apoyándose en el pensamiento wojtyliano, un

pensamiento que si bien tampoco está metodológicamente consolidado, sí que proporciona unas herramientas adecuadas para ello. Para conocer su resultado, invito al lector a leer al propio Burgos, con la firme convicción de que para nada quedará defraudado, todo lo contrario.